

Y sus ráfagas de gloria
 Cruzan su zenit luciente,
 En monumentos se tornan
 Grandes, augustos, solemnes,
 Haciendas, calles y plazas,
 Lomeríos y verjeles
 Esas piedras se tiñeron
 Con sangre cien y cien veces;
 Esas torres sustentaron
 A los patriotas valientes;
 Allí Galeana allá Bravo;
 Aquí Rul halló la muerte,
 Sediento de beber sangre
 De la falange insurgente.
 Allí ganó Matamoros
 Mil inmortales laureles,
 Y en todas partes Morelos
 Sublime descuella siempre,
 Exhumando de este polvo
 A la patria independiente.
 ¡Oh Cuautla! ¿qué mexicano
 Sin emoción podrá verte
 Cuando divise tus muros,
 Cuando tus ruinas contemple,
 Si todo está consagrado
 Con la sangre de los héroes?

SEGUNDO ROMANCE DE CUAUTLA.

Contra el sentir de Galeana
 Y con bien pequeña escolta,
 Marcha en su troton Morelos
 A reconocer las tropas
 De Calleja, que descenden
 Como raudal, por las lomas.
 Los vigías de las torres
 Ven la marcha con zozobra,
 Y los jefes, con anteojos
 Ni un momento le abandonan,
 Entretanto que Calleja
 Sus avanzadas embosca,
 Preparando al insurgente
 La sorpresa desastrosa.
 El vigía de San Diego
 De pronto el campo alborota
 Gritando: "¡al arma! ¡socorro!"
 Porque al General destrozan.
 Los soldados de Calleja

Han dispersado la escolta,
 Y se ceban y encarnizan
 En los valientes patriotas.
 Morelos, aislado, entero,
 Con intrepidez heróica,
 Derriba, acomete, asuela,
 Y difiere su derrota;
 Pero le cercan, le envuelven
 Y ya sus fuerzas se agotan,
 Cuando se escucha rugiente
 Voz, cual de herida leona,
 Que grita: "¡viva Morelos!"
 Furibunda é impetuosa.
 Es Galeana con sus bravos,
 Que los fusiles arrojan,
 Y empuñando sus machetes
 Aniquilan lo que tocan;
 Es Galeana, que cual llama
 Descuella, se extiende y flota,
 Y dejan mares de sangre
 Los embates de sus tropas
 Entre despojos y muertos
 Se unen los jefes patriotas,
 Y Galeana sobre el pecho
 Del gran Morelos se arroja,
 Sin articular palabra,
 Porque de júbilo llora.

TERCER ROMANCE DE CUAUTLA.

EL PRIMER ASALTO.

Con el sol que está en Oriente
 Coronando los volcanes,
 Embelleciendo los montes
 Y dando vida á los valles,
 Se mira á los de Calleja
 Marchando para el combate.
 Los cañones van al centro,
 Van las mujeres delante,
 Y los terribles dragones
 En los flancos, arrogantes.
 Los guiones y las banderas
 Se agitaban en los aires,
 Y se escuchaban los sonos
 De las músicas marciales.
 Calleja á la retaguardia
 En su coche sobresale,

Formándole cerco de oro
 En tropel sus edecanes,
 Con sus sombreros montados
 Y sus espadas brillantes.
 Doquier resuenan los vivas,
 Doquier anhelan procaces
 Arrancar al enemigo
 Los laureles inmortales.
 En tanto, los insurgentes
 Esperan sin inquietarse,
 Con la confianza en los pechos
 Y el júbilo en los semblantes.
 Ya se avanzan las columnas,
 Ya se oye el toque de ataque,
 Ya estalla el nutrido fuego
 Por la plaza y por las calles;
 Ya, cundiendo por el viento,
 Embriaga el olor de sangre,
 Y humo, y llama, espanto y muerte
 Corren en pos del desastre.
 Las mujeres de Calleja,
 Como furias infernales,
 Heridas, medio desnudas,
 Y sus cabellos flotantes,
 Discurren enfurecidas
 Dando alaridos salvajes.
 Los del fuerte de San Diego
 Resisten, sin arredrarse,

El primero y recio empuje
 De los realistas infames.
 Ya avanzan los españoles,
 Ya logran precipitarse,
 Pero Dios vino en auxilio
 Y Galeana está delante,
 Que sale ileso y brillando
 De su personal combate.
 Embiste de nuevo osada
 De españoles la falange,
 Pero los indios honderos
 Con impetuoso coraje
 Lanzan diluvio de piedras
 Repentino y en instantes.
 De Casa Rul llega el Conde
 Bravo en su alazan pujante,
 Y las balas le derriban
 Y envuelto en su sangre cae
 A degüello los clarines
 Tocaban por todas partes,
 Y son campos de batalla
 Templos, y plazas, y calles.
 En los huecos de las piedras
 Formaba charcos la sangre,
 Y sonaban las pisadas
 Cual sobre agua al asentarse.
 Pero al levantarse el humo,
 Pero el humo al dispersarse,

Miraba nuestra bandera
 Alta, y alegre, y triunfante
 De pronto cesan los fuegos,
 Y trazas de retirarse
 Parece que da Calleja;
 Mas Morelos, vigilante
 Conoce la red, y ordena
 No deje su puesto nadie.
 Lleno de rabia Calleja,
 Da la órden que contramarchen,
 Cuando consultó á su muestra
 Y eran las tres de la tarde
 De Santa Inés á la hacienda
 Voló Calleja á ocultarse,
 Miéntras desde el insurgente
 Campo, y hendiendo los aires,
 Volaba la alegre nueva
 De la victoria brillante.

CUARTO ROMANCE DE CUAUTLA.

EL NIÑO ARTILLERO.

Es segundo mes del año;
 Diez y nueve soles cuenta:
 Sobre las calles de Cuautla
 Flotan soberbias banderas
 Do se lee: "¡Que muera España!
 "¡Que viva la Independencia!
 En trueno, en llamas, en bronce,
 Sobre el pueblo se descuelga,
 Como aguacero de rayos,
 La cólera de Calleja
 Que, seguro de su triunfo,
 Ruge cual ruge la fiera
 Al empaparse de sangre
 Cuando destroza su presa.
 Sobre los aires se cruzan
 Con el plomo las blasfemias,
 Y con la sangre que corre

Pierde su color la tierra.
 Escenas de horror y espanto
 En los aires se renuevan,
 Y en las alturas la llama
 Con furia voraz ondea.
 Los heridos moribundos
 Con ayes los vientos pueblan,
 Y aullan de rabia mujeres
 Que las calles atraviesan
 Conduciendo agua y socorros
 A los que ardientes pelean.
 Los niños abandonados,
 Unos lloran, y otros juegan
 Entre montones de muertos
 Y entre despojos de guerra.
 Al costado de San Diego,
 De Galeana fortaleza
 Viendo al Norte, y extendiendo
 Al Ocaso la siniestra,
 Se elevaba un fuerte muro
 Con honores de trinchera,
 En donde se empeñó tanto,
 Tan temerario Calleja,
 Donde las crueldades fueron
 Tan terribles y sangrientas,
 Que cediendo á rudo empuje
 Quedó un momento desierta
 En medio del fuerte choque

De tigres y de panteras.
 Estaban los artilleros
 Muertos junto de las piezas,
 Los cañones silenciosos,
 Ardiendo la *cuerda-mecha*.
 El enemigo furioso
 Descubierta un flanco observa,
 Y alucinado de gozo,
 Viendo la victoria cierta,
 Con oficiales resueltos
 Y con impávidas fuerzas
 El asalto preparando,
 Se dirige á la trinchera;
 Pero detrás de aquel muro
 Y sin que nadie lo advierta,
 Quedaba un niño del pueblo,
 Audaz, vivo, que se emplea
 En ir sembrando donaires
 Donde arde más la pelea;
 Ojo negro, tez oscura,
 Largo el cuello, carnes recias,
 Risueño al par que valiente,
 Y que á nadie se sujeta.
 Éste mira á los realistas
 Que decididos se acercan:
 Ya reconocen, ya avanzan,
 Ya preparan y ya llegan;
 Y cuando tocan el muro,

Al asaltar con fiereza,
 El niño al cañon aplica
 Resuelto la cuerda-mecha,
 Y torrente de metralla
 La fuerza invasora asuela.
 “¡Que viva el Cura Morelos!”
 Grita el chico, la cabeza
 Levantando con orgullo
 En la triunfante trinchera.
 Acuden los de Galeana:
 Es victoria la sorpresa,
 Y en los fuertes de patriotas
 Tocan diana las trompetas.
 “¿Quién es?—preguntó la fama,
 “El niño de tal proeza?”
 Y contestaba orgullosa
 La Historia imperecedera:
 “Ese es Narciso Mendoza,
 “Que no abandona la escuela,
 “Que los catorce no cumple
 “Y entre el fuego se pasea.
 “Con vítores le saludan
 “Los chicuelos que le cercan,
 “Y recordando su hazaña,
 “Se llama la calle entera
 “Calle del *Niño Artillero*,
 “Como lo dicen sus letras.”

QUINTO ROMANCE DE CUAUTLA.

LAS VICTIMAS DE CALLEJA.

Pueblan el aire lamentos,
 Ensordecen los gemidos,
 Marchan en tropel confuso
 Los desaforados indios,
 Y sus mujeres cargando
 Las esteras y los niños.
 Dejaron los infelices
 Sus chozas de *Tetelcingo*,
 Cuando del feroz Calleja
 Los soldados asesinos
 Llegaron sembrando horrores,
 Y tornando vengativos
 En cenizas y en escombros
 Sus miserables asilos.
 Con aire triunfal llegaron
 A poner á Cuautla sitio,

Y los indios desdichados
 Huyeron despavoridos,
 Como de estanque apacible
 Se abate muro macizo,
 Y las aguas agitadas
 Forman proceloso rio,
 Cenagosas, turbulentas,
 En desordenados giros,
 Destrozando los sembrados
 Y huyendo con triste ruido;
 Semejantes al enjambre
 De la colmena proscrito
 Despues de vagar inquieto
 Con dolorosos zumbidos,
 Circuye, volando, un árbol
 Que le recibe propicio.
 Mas Cuautla es plaza de guerra,
 Y es inseguro su arrimo:
 Espantados por los truenos
 Y del fuego perseguidos,
 Al Sur yendo y á Occidente
 Hallan guarida solícitos
 Los moradores del pueblo
 Del humilde Tetelcingo.
 La casa de los *Albearas*
 Abre su seno benigno,
 Y debajo de sus fresnos,
 Dándoles la cerca arrimo,

Se tienden como un rebaño,
 Y se agolpan confundidos,
 Los hombres y los ancianos,
 Los enfermos y los niños.
 Anúnciase de Febrero
 El diez y nueve inaudito,
 Y conociendo Morelos
 De Calleja los instintos,
 Manda que el pueblo se aloje
 Tras las murallas. Los indios
 Despreciaron el mandato
 Y burlaron los avisos....
 Las balas rasgan los vientos:
 Del cañon el estampido
 Avisa que corre sangre:
 Cruzan dolientes heridos,
 Y son infierno los muros,
 Y es de llamas remolino
 Lo que se mira flotando
 Sobre los templos divinos.
 Los soldados de Calleja
 Embistiendo decididos,
 Avanzan, se les rechaza,
 Y tornan con más ahinco,
 Como al retachar la bala
 Contra el muro de granito
 Renueva el tremendo empuje
 Con horroroso estampido.

En una de esas repulsas,
 Los soldados perseguidos
 Y sedientos de venganza,
 Y azuzados por indignos
 Oficiales, como tigres
 Cayeron sobre los indios
 Del desventurado pueblo,
 Del humilde Tetelcingo.
 Y como hambrienta jauría
 De lobos, de rabia henchidos,
 Despedazan, aniquilan,
 De sangre derraman rios,
 Esparciendo por los suelos
 Despojos en sangre tintos.
 El anciano arrodillado,
 El jóven robusto, el niño,
 Hechas girones sus carnes,
 Son pasados á cuchillo.
 Contemplábase la escena
 Cual sementera de trigo
 Con el salvaje atropello
 De los ganados bravíos;
 O como la negra nube
 Se descuelga de improviso,
 Y del sembrado risueño
 Deja funestos vestigios
 Entre las raudas corrientes
 Que cruzan en remolinos

¡Qué horror! la madre es cadáver
 Sobre el cadáver de su hijo
 • Qué oculto contra su seno
 Librar de la muerte quiso:
 ¡Qué horror! entre agudos ayes,
 Y súplicas, y alaridos,
 El grito de “¡viva España!”
 Era como mando inícuo
 De renovar la matanza,
 Sin dejar á nadie vivo.
 Y fué tan atroz la escena,
 Que cuando la piedad quiso
 Completar formas humanas
 Con los miembros ésparcidos,
 No pudo, y monton de carnes,
 Y de entrañas y residuos
 Se arrojaron en la fosa
 Tras el tremendo suplicio;
 Y “*Víctimas de Calleja*”
 Grabó la Historia en el sitio
 Donde desplegó su tropa
 De pantera los instintos.
